



Las opiniones y los contenidos de los trabajos publicados son responsabilidad de los autores, por tanto, no necesariamente coinciden con los de la Red Internacional de Investigadores en Competitividad.



Esta obra por la Red Internacional de Investigadores en Competitividad se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported. Basada en una obra en riico.net.

Apología de la incompetencia

Área del Conocimiento

Responsabilidad corporativa
La ética y las prácticas

Presentan

Jorge Loza López
lozajorge42@gmail.com
Laura Leticia Laurent Martínez
cuerpoacademico@yahoo.com.mx
Enrique Laurent Martínez
elaurentm@hotmail.com

Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario No.100
722-2179379
722-2178376 fax

Dirección Correspondencia:
Andrés Benavides No. 330
Toluca Estado de México CP 50120

Septiembre 2009

Resumen

Esta ponencia es una reflexión que pone en tela de juicio los patrones de la competitividad que privilegian el lucro y el dominio del mercado como las bases del desarrollo en lugar del principio universal de la colaboración con los demás.

Con fundamento en el pensamiento y las aportaciones de Laurence J. Peter, Jean Onimus y Frijof Capra se abrirá una crítica sobre la competitividad, tal como se conceptúa en la actualidad y sobre las exigencias enajenantes en la que se ven inmersas las personas en su educación, en su trabajo, en su familia y en general, en las organizaciones humanas.

El objetivo principal del trabajo es la propuesta de criterios de reflexión sobre las consecuencias de la competitividad deshumanizada.

Por tratarse de una investigación documental y cualitativa incluye experiencias y situaciones reales, se generan hipótesis que pueden ser la base de posteriores proyectos con un enfoque cuantitativo.

Palabras clave: competitividad, incompetencia, potencialidad, valores, ecología.

Summary

This paper is a reflection that puts into question competitiveness patterns that retain the non-profit and the market as the foundations for development in place of the universal principle of collaboration with the other domain and other people.

Based in thought and contributions by Laurence J. Peter, Jean Onimus and Frijof Capra opens a critique on competitiveness, as conceived today and on the alienation requirements which are immersed persons in their education, in their work, in his family and generally in organizations human.

The main objective of the work is the proposal to reflection on the consequences of humanness competitiveness.

Because it is a documentary and qualitative research includes experiences and situations that generate hypotheses for projects with quantitative approach.

Keywords: competitiveness, incompetence, potentiality, values, ecology.

Introducción

Si acudimos al diccionario de la Real academia, encontramos que el vocablo *competitividad* tiene dos significados:

1. Capacidad de competir.
2. Rivalidad para la consecución de un fin.

Esto nos lleva a consultar el significado de competir.

Competir proviene del latín *competere*, y consta también de dos significados:

1. Contender dos o más personas entre sí, aspirando unas y otras con empeño a una misma cosa.
2. Igualar una cosa a otra análoga, en la perfección o en las propiedades.

De lo anterior se desprende que la competitividad se manifiesta a través de actitudes de *competencia*, cuyo significado es similar:

1. Disputa o contienda entre dos o más sujetos sobre alguna cosa.
2. Oposición o rivalidad entre dos o más que aspiran a obtener la misma cosa.

Pero *competencia* también significa, según la Encyclopædia Britannica (2005), idoneidad; lo apropiado o justamente pertinente; lo que cumple con los requisitos o las habilidades.

Para efectos de discusión en este documento se considera la competitividad como el conjunto de las competencias de una organización, cuya sinergia va más allá de la suma de las competencias individuales.

Ahora bien, sabemos, como es de esperarse de cualquier institución honorable que organiza un congreso como el presente, que existe la apertura para aceptar el pluralismo y la dialéctica de las ideas y de las formas en cómo se ve el mundo, en este caso, el mundo de la competitividad administrativa.

Tal es el caso de nuestra propuesta, que de manera irónica pero bien intencionada, hemos denominado *la apología de la incompetencia*, con lo que queremos dar a entender nuestra oposición a una manera de entender la competitividad y la competencia, de tal suerte que sería preferible ensalzar la incompetencia si se trata de promover la rivalidad, muchas veces inmoral, con tal de lograr fines lucrativos a costa del devenir humano.

Para sustentar la discusión nos basaremos en los estudios jerarquiológicos de Laurence J. Peter, autor universalmente conocido por el principio que lleva su nombre, de la crítica a la educación y la cultura enajenante de Jean Onimus y de la perspectiva holística y ecológica de Fritjof Capra.

Objetivo

Establecer criterios de reflexión sobre las consecuencias de la competitividad deshumanizada.

Objetivos particulares

- Reflexionar sobre la incompetencia y las exigencias de las jerarquías
- Repensar la competitividad desde el enfoque educativo de Onimus
- Reconsiderar la competitividad desde la perspectiva holística de Capra

Metodología

La investigación documental que nos ocupa se basa en:

- El principio de Peter
- La educación y la cultura según Jean Onimus
- La visión holística del mundo y sus organizaciones de Fritjof Capra

El Principio de Peter nos refiere a la incompetencia vital, condición contraria a cualquier tipo de competitividad, ya sea la positiva que respeta los derechos de los demás o la negativa que intenta lograr sus objetivos sin reparar en las consecuencias para los demás y para el ambiente.

El Principio de Peter se expresa de la siguiente manera:

En una jerarquía, todo empleado tiende a ascender hasta su nivel de incompetencia. (Peter, 1994)

La incompetencia según Peter (1994) es la incapacidad para desempeñar un trabajo útil, para uno mismo y para los demás, basados en las potencialidades propias y de quienes participan en el trabajo, dentro de una jerarquía.

Existen cuatro tipos fundamentales de incompetencia: física, social, emocional e intelectual (Peter, 1994). Peter no está considerando la incompetencia moral, que en nuestro país es quizá, la más importante. Si el jefe es corrupto, entonces medirá la competencia de sus subordinados en función de su complicidad (no de su colaboración) y de sus destrezas para lograr los objetivos que la corrupción les dicte.

Por otra parte, Jean Onimus no es autor de ninguna teoría sobre la competitividad o sobre la competencia, sino un crítico agudo sobre la perversión de los verdaderos objetivos de los seres humanos.

Onimus (1973), al referirse a la competitividad desde el enfoque de la eficiencia administrativa expresa:

La administración, casi siempre, evita el discernimiento de las causas de la improductividad. Puesta en presencia de una evaluación procura que brillen las técnicas, pero sus procedimientos y propuestas son confusos o contradictorios; señala, contabiliza motivaciones efímeras, mientras que se le escapa la motivación humana en su esencia. Quizá una mirada ingenua, pero dotada de simpatía sea más eficaz que la lupa de un especialista miope para comprender esto en toda su amplitud.

Onimus (1973) contraviene las tendencias del razonamiento competitivo al afirmar que en tanto la productividad, administrativamente hablando, parezca más útil que la expansión humana, que el progreso prime sobre la dicha y el dinero sobre la cultura, la educación competitiva, en vez de ser liberadora, será represiva, absorbente, estrictamente selectiva y en su conjunto despersonalizadora.

Nuestro último autor, Fritjof Capra, elabora una crítica complementaria en la misma vertiente de Peter y Onimus. Capra destaca la diferencia entre la cultura holística y la cultura de la especialización tecnológica y enfatiza la importancia del cuidado de los ecosistemas.

Seguidor entusiasta de las culturas orientales, Capra advierte con preocupación el énfasis que en el occidente se le ha otorgado al conocimiento exclusivamente tecnológico. El conocimiento intuitivo y el conocimiento racional son dos aspectos complementarios de la mente humana. El pensamiento racional es lineal, fijo y analítico. Pertenece a la esfera del intelecto, cuya función es diferenciar, medir y catalogar, y por ello tiende a ser fragmentado. El conocimiento intuitivo, por otra parte, se basa en la experiencia directa y no intelectual de la realidad que surge durante un estado expansivo de la conciencia; tiende a ser sintetizante y holístico. De ahí podemos afirmar que el pensamiento racional suele dar origen a una actividad egocéntrica o yang mientras que el pensamiento intuitivo está en la base de una actividad ecológica o yin. Ésta, por lo tanto, será la estructura que utilizaremos en nuestra investigación de los valores y de las actitudes culturales. Para ello nos serán de gran utilidad las siguientes asociaciones del yin y el yang: yin-yang, femenino-masculino, contractivo-expansivo, sensible-exigente, conservador-agresivo, intuitivo-racional, sintetizante-analítico. Al reflexionar sobre esta lista de opuestos salta a la vista que nuestra sociedad siempre ha favorecido el yang más bien que el yin, prefiriendo lo racional a lo intuitivo, la ciencia a la religión, la competencia a la cooperación, la explotación de los recursos naturales a la conservación y así sucesivamente. Esta preferencia, respaldada por el sistema patriarcal y reforzada ulteriormente por el predominio de la cultura utilitaria durante los últimos tres siglos, ha conducido a un profundo desequilibrio cultural que se halla en la base misma de nuestra crisis actual —un desequilibrio entre el pensamiento y el sentimiento, entre los valores y el comportamiento y entre las estructuras sociales y las políticas. Las diferentes formas en que se manifiesta el desequilibrio cultural presente tienen efectos en la

salud, en el sentido más amplio del término, incluyendo no sólo la salud individual sino también la salud social y la ecológica. Entre todas ellas existe una estrecha relación y se hallan igualmente amenazadas por la crisis actual propiciada por una forma equivocada de ser competitivos: peligra la salud de las personas, de la sociedad a la que pertenecen y de los ecosistemas de los que forman parte. (Capra, 1992)

Quizá una forma más apropiada para referirse a la competencia es el concepto integrador de la *aptitud*. Si nos remitimos al Diccionario de la Real Academia Española allí encontramos una definición cuyo espectro es más amplio que el de la competencia: Suficiencia o idoneidad para obtener y ejercer un empleo o cargo; o bien la capacidad y disposición para el buen desempeño o ejercicio de un negocio, industria, arte, etc. Por otra parte la aptitud incluye una motivación intrínseca para el bien común.

Esto significa que la aptitud abarca una serie de competencias coherentes con una ocupación benéfica tanto para el que la ejerce como para su entorno. Una o varias competencias inconexas por sí solas no tienen significancia ni trascendencia personal u organizacional. Son los conjuntos holísticos de competencias transformados en aptitudes ciudadanas los que son valiosos para las organizaciones y los pueblos. No basta el dominio de técnicas e instrumentos si se carece de iniciativa y espíritu de colaboración como tampoco es suficiente ser un director con ideas brillantes y gran preparación científica pero falto de probidad o de humanismo.

Pero como en el ámbito administrativo la aptitud no es un concepto con vigencia actual, prosigamos con nuestra disertación sobre la incompetencia

Peter y la incompetitividad

Si para los términos competencia y productividad existen sus opuestos: incompetencia e improductividad, creemos que es aceptable el término incompetitividad, el cual en buena medida sería sinónimo colectivo de la incompetencia.

Supongamos por un momento que estamos de acuerdo en los afanes para alcanzar de cualquier manera un grado elevado de competitividad en las organizaciones. No basta con planear y destinar recursos para tal efecto. Es necesario vislumbrar las posibilidades de que la gente de nuestra organización sea capaz de ser competitiva o, por lo contrario y como lo afirma Peter, la gente tienda a ocupar puestos donde deja de ser competente.

El Principio de Peter pone de manifiesto que no podemos esperar obtener competitividad sin estar conscientes de la tendencia a ser incompetentes. Para hacerlo, tendríamos que mantener permanentemente a los empleados en un nivel de competencia. Pero según Peter (1994) eso es imposible: cada empleado debe elevarse a su nivel de incompetencia y, una vez llegado a ese nivel, no podrá producir de acuerdo con su capacidad.

Hasta ahora nuestra experiencia nos indica que las organizaciones y las personas no discuten seriamente sus posibilidades de ser competentes; todo indica que no existe una conciencia generalizada del hecho de las grandes dificultades para ser y mantenerse competente.

Si la incompetencia se pudiera subsanar con cursos la solución sería relativamente fácil de alcanzar, pero como ya lo indicamos se puede ser incompetente en lo intelectual, en lo emocional, en lo físico, en lo social y en lo moral.

¿Qué comprensión alcanza el individuo de su propia incapacidad? Los informes psicológicos muestran que los pacientes racionalizan sus dificultades y culpan de ellas a otras personas. Son escasos los indicios de que exista comprensión sobre la propia incompetencia. (Peter, 1994)

La incompetencia inconsciente produce un grave y nocivo efecto en la jerarquía. El incompetente inconsciente no puede desempeñar adecuadamente su función. Practica una importante extracción de su cuenta de rango y arroja una carga adicional sobre sus colegas competentes. (Peter, 1973)

Las acciones de un dirigente que padezca incompetencia inconsciente pueden turbar de tal modo a toda la organización que hagan temporalmente incompetentes a los subordinados normalmente competentes. (Peter, 1973)

La competencia de un empleado es determinada no por los extraños, sino por su superior en la jerarquía. Si el superior se encuentra todavía en su nivel de competencia, puede valorar a sus subordinados en atención a la realización de trabajo útil; (...) Pero si el superior ha alcanzado su nivel de incompetencia, probablemente evaluará a sus subordinados con arreglo a valores institucionales: considerará la competencia como el comportamiento que secunda las reglas, rituales y formas del statu quo. La diligencia, la pulcritud, la cortesía con los superiores, el papeleo interno, serán tenidos en gran estima. En resumen, un funcionario de este tipo valora el trámite. (Peter, 1994)

La inversión de Peter consiste en valorar más la consistencia interna que el servicio eficiente. El inverso de Peter, o autómatas profesionales, tiene escasa capacidad de juicio independiente. Siempre obedece, nunca decide. Esto, desde el punto de vista de la jerarquía, es competencia, por lo que el inverso de Peter es candidato para el ascenso. (Peter, 1994). A los ojos de los que ocupan puestos superiores el potencial directivo es insubordinación, y la insubordinación es incompetencia. Los buenos subordinados no se convierten en buenos dirigentes. Desde luego, el buen subordinado puede conseguir muchos ascensos, pero no por eso puede llegar a ser un buen dirigente. (Peter, 1994)

1) Muchos de los expertos han alcanzado en la actualidad su nivel de incompetencia: su consejo es desatinado o irrelevante. 2) Algunos de ellos tienen teorías válidas, pero son incapaces de llevarlas a la práctica. 3) En cualquier caso, ni las propuestas sensatas ni las insensatas pueden

ser puestas eficientemente en práctica, debido a que la maquinaria de gobierno, la cual afecta a todas las demás jerarquías. Es una vasta serie de entrecruzamientos, surcados de incompetencia en todas direcciones. (Peter, 1994)

La profesión médica no ha reconocido hasta el momento la existencia del síndrome de colocación final o de extralimitación de la competitividad. Los médicos y los amigos que pretenden ayudar al paciente con síndrome de colocación final cometen muchos errores al respecto: Prescriben medicamentos que sólo alivianan o recurren a procedimientos quirúrgicos; aconsejan cosas tales como «tómesele con calma», «no trabaje tanto» o «aprenda a relajarse». Otro sistema inútil es recurrir a la filosofía amistosa: «no trates de resolver todos los problemas del mundo», «todo el mundo tiene dificultades, las tuyas no son peores que las de los demás», «es lógico que a tu edad tengas ese tipo de problemas». Tampoco funcionan las amenazas: «si sigue usted así terminará en el hospital», «si no disminuye su ritmo de trabajo, va a sufrir un ataque realmente grave». También suele ser ineficaz la exhortación al sacrificio «póngase a régimen», «beba menos», «deje de fumar», «modere sus placeres mundanos». Obviamente no produce ningún efecto el tratar de convencer al paciente que nada le pasa, que sus síntomas no existen: «son sus nervios», «en realidad no tiene usted nada, tranquilícese». Finalmente, la psicoterapia como recurso último tampoco da resultados porque no puede producir ningún efecto en la causa original que es la incompetencia vocacional del paciente; a menos que abandone su ocupación laboral y se busque otra en la que pueda ser competente.

S. Freud parece haber estado más próximo que ningún otro autor anterior al descubrimiento del Principio de Peter. Observando casos de neurosis, ansiedad, enfermedades psicosomáticas, amnesia y psicosis, vio el penoso predominio de lo que podríamos llamar el síndrome generalizado de incompetencia vital. (Peter, 1994)

Los hábitos de expresión también pueden ser reveladores de incompetencia y de colocación final. La codigofilia inicial y digital consiste en una obsesión por hablar con letras y números en vez de hacerlo con palabras. Muchas palabras, pocas ideas. Desarrollo de esquemas de conversación de uso general. Echan mano de refranes o lugares comunes que alguna vez fueron considerados como ingeniosos. (Peter, 1994)

Pensemos un poco en nuestra propia organización. Seguramente, sin mucho esfuerzo, cada uno de ustedes ha sido testigo de autoritarismos, injusticias, pérdidas de tiempo, duplicidad de tareas, malos tratos, incumplimiento de las normas o un exagerado apego a ellas, y lo peor, prácticas corruptas voluntarias en las que los recursos institucionales se usan en beneficio personal o de camarillas, o prácticas involuntarias debido a la aceptación de puestos y funciones para las que se es incompetente.

Alguien podría argumentar que en todos los países sucede algo similar. Tal vez sea cierto, pero la cantidad cuenta. Aquí hay más y son más graves las incompetencias (Vallejo, 2007). Hagámonos una pregunta de docenas que podríamos servirnos de ejemplo reflexivo: ¿Por qué Japón pudo en pocos años después de la Segunda Guerra Mundial salir de la destrucción total y volver a ser un país desarrollado? Padece un clima extremo, con pocos recursos naturales si los comparamos con los de México, forma parte del cinturón del fuego del Pacífico y enfrenta la competencia feroz de China, Rusia e Indochina. Será que son más inteligentes o, como los antropólogos creen, que forman parte de una sociedad con un carácter más firme, tanto en lo laboral como en lo ético. La competencia menos importante es la intelectual si se padece de incompetencia moral, social, emocional y física.

La cultura de la enajenación en la competitividad

Atacar el progreso técnico es inepto, y el gesto de algunos locos resabiados que deterioran las máquinas y queman bosques sólo puede explicarse por la ceguera de la desesperación. Estamos en la época científica. El problema no consiste en tomar partido contra la sociedad que le corresponde (cosa sin sentido), sino hacer que preste atención a los daños físicos y morales que segrega la deshumanización tecnológica y de los negocios que amenazan con atentar finalmente contra ella misma. (Onimus, 1973)

Es fácil, demasiado fácil, medir el progreso. Ya se ha hecho miles de veces: no vamos a repetirlo. Tanto más que el progreso no es la condición objetiva de la marcha hacia adelante Y es este mismo y sólo él quien en última instancia será capaz de reducir los sinsabores o distorsiones que suscita. Por él pasan a la vez el mal y el bien. En si mismo es neutro: según el uso que de él haga la humanidad se arruina o se renueva. Acusar el progreso técnico es algo bastante estúpido, pero es necesario en cambio insistir en la rápida degradación psíquica y moral de los civilizados, cuando son víctimas de un progreso que ha degenerado en salvajismo. Nuestros antepasados han tenido que afrontar una naturaleza obtusa y brutal; han acabado por imponerle, en la medida de sus posibilidades, su voluntad. Actualmente la fabricación artificial se une a la naturaleza. También ésta es tan obtusa como aquélla; nos da a veces la impresión de que nunca la podremos domar para humanizarla en provecho nuestro. No obstante, éste es el nuevo reto que debemos arrostrar ahora. (Onimus, 1973)

Ha tiempo que Louis Mumford (Onimus, 1973) denunciaba la "megamáquina", la sociedad de consumo construida para procurar a todos la mayor cantidad posible de dinero e invitarlos a consumir para poder vender; al ser la ganancia máxima la clave de la operación. Estas ideas se han abierto camino dentro del gran público; se ha producido una toma de conciencia colectiva, y la juventud ha abierto los ojos. La rebelión estalla entre las clases ociosas, donde el sistema hace alarde de sus taras. Los adolescentes, los que quieren «vivir», ya no se sienten atraídos por el

paraíso del consumidor, con sus subsueldos austeros (trenes de cercanías, oficinas, trabajo sin alegría, matrimonios separados, domingos lúgubres) y sus adornos rutilantes, temblorosos de fiebre, de fatiga y de aburrimiento. El motivo estriba en que, unido al dinero, el progreso técnico ya no tiene como fin el bien real de los hombres. Es una distorsión de lo que todo el mundo tiene perfecta conciencia y que ya no extraña cuando uno está acostumbrado a ella.

Si uno decidiera que un aspecto fundamental de la competitividad es no fabricar sino lo necesario y superar lo inútil y lo superfluo, si el pensamiento de la felicidad le llevara por encima del afán de vender más que el competidor, entonces no sería imposible reconstruir una sabiduría y pensar seriamente en crear las condiciones de una vida armónica que satisficiera plenamente a los trabajadores. (Onimus, 1973)

¿Cómo arrancarles de su letargo de consumidores, cómo arrancar la economía del economismo, el bien común de las aventuras de la rentabilidad, el trabajo de los imperativos del rendimiento? (Onimus, 1973)

A falta de alimento para los corazones, es decir, para las afectividades y las imaginaciones, a falta de saber fecundante de las sensibilidades, la escuela se ha asentado en su función intelectualizante. Se ha consagrado al montaje de los mecanismos del "córtex-ordenador" y a acelerar su funcionamiento. No tiene en cuenta más que la preparación de los espíritus con base en instrumentos y de métodos. Se trata, sobre el plano cultural más general, de trabajar según la moda y el espíritu de una escuela técnica, guardándose rigurosamente de rozar siquiera realidades tan despreciables como las pasiones humanas. Hemos colocado un cordón sanitario alrededor de la poesía y del sueño; condicionamos las mentalidades al reducirlas a esquemas operativos hasta el punto de hacerles perder el gusto por la espontaneidad, por la inquietud y por la búsqueda espiritual. Aprender a aprender es muy fácil y es sin duda alguna la función esencial de la escuela; pero los métodos por sí mismos no constituyen un alimento completo. Ocurre que incluso mediante sus récords destruyen el apetito del espíritu al atrofiar sus funciones. El saber hacer es cómodo; hace ilusión, hace las veces de todo. Se espolvorea gustosa y colectivamente a los individuos, incluso a los más mediocres; se puede normalizar la competencia, verificarla objetivamente; es un producto escolar de tipo industrial. (Onimus, 1973)

¿Qué se entiende por realizaciones? El éxito temporal, el acceso a las responsabilidades, la etiqueta de tecnócrata ¿no enmascaran a veces un desequilibrio y un fracaso en otros planos: los que condicionan la apertura auténtica y la dicha? (Onimus, 1973)

Alguna vez se impulsarán las "competencias" de la honorabilidad, la veracidad, la equidad o la piedad como competencias previas e ineluctables ante las competencias como la negociación

mercantil, el dominio de herramientas informáticas o el manejo ventajoso de las leyes impositivas?

El perfeccionismo técnico, tesoro de ciencia y de ingenio-se ejerce casi únicamente para acrecentar los ingresos y multiplica los artilugios mientras se estancan las inversiones de interés público no rentables, cuando la gente vive a la vez -en el confort privado y en la fealdad pública, cuando la sed de dinero y de medro explota cínicamente todos los instintos del animal humano, atreviéndose cada día más, es decir, siempre más abajo, cuando la sociedad industrial parece presa en un círculo vicioso cuyo determinismo (el del mercado), después de haber trabajado largo tiempo para el hombre, parece en lo sucesivo una maldición para el hombre, se comprende que haya jóvenes que elijan en masa la secesión y proclamen su rechazo. (Onimus, 1973)

Este rechazo ya es evidente desde hace varios años en México. No miles, sino millones de nuestros jóvenes viven tan precariamente no sólo en lo económico sino también en lo cultural y en lo social que uno se pregunta si las fuerzas de represión gubernamentales tendrían que aniquilar a toda nuestra juventud para garantizar que se acabe con el crimen organizado, los secuestros, los asaltos, las violaciones, la drogadicción y la prostitución.

En Toluca, la ciudad donde vivimos, en los últimos años se ha gestado un fenómeno que era inimaginable para la «gente decente» de hace algunos lustros: el anuncio en los avisos clasificados del periódico local de mayor circulación de jóvenes (de ambos sexos) que anuncian sus favores y dotes sexuales para clientes desconocidos. ¿Será que se ha pervertido la moral? O será en el fondo algo más profundo cuyas raíces se encuentran en la necesidad humana de la intimidad, y que el placer sexual y el dinero sólo sean un pilón a favor de la sobrevivencia. Hipótesis que valdría la pena estudiar.

La visión holística de Capra sobre la competitividad

Nos hallamos en un estado de profunda crisis mundial. Se trata de una crisis compleja y multidimensional que afecta a todos los aspectos de nuestras vidas: la salud y el sustento, la calidad del medio ambiente y la relación con nuestros semejantes, la economía, la política y la tecnología. La crisis tiene dimensiones políticas, intelectuales, morales y espirituales. La amplitud y la urgencia de la situación no tienen precedentes en la historia de la humanidad. Por primera vez, el hombre ha de enfrentarse a la posibilidad amenazadora y real de extinguirse de la faz de la tierra junto con la vida vegetal y la animal. La competencia despiadada y ciega por los mercados no puede seguir adelante. (Capra, 1992)

La naturaleza de las grandes empresas es profundamente inhumana. La competencia, la coacción y la explotación son aspectos esenciales de sus actividades, todas ellas motivadas por el deseo de una expansión infinita. El crecimiento continuo forma parte integrante de la

estructura empresarial. Por ejemplo, el ejecutivo de una empresa que deliberadamente deja pasar de largo la oportunidad de aumentar las ganancias de su empresa, por cualquier motivo, puede ser sometido a un proceso legal. Por consiguiente la obtención del máximo de ganancias se convierte en objetivo primordial, lo que excluye todas las demás consideraciones. Los ejecutivos empresariales tienen que olvidarse de su humanidad cuando asisten a las reuniones del consejo de administración. Se espera que no demuestren sentimiento alguno, ni tampoco arrepentimiento; no pueden decir nunca «lo siento» o «nos hemos equivocado». En cambio, los temas que tratan son la coacción, el control y la manipulación. (Capra, 1992)

Hay numerosos signos de la desintegración de nuestra sociedad, entre ellos un aumento de la criminalidad violenta, de accidentes y de suicidios; un incremento del alcoholismo y de la drogadicción y un número cada vez mayor de niños con impedimentos en el aprendizaje y trastornos en el comportamiento. El aumento de los crímenes violentos y de los suicidios entre la gente joven es tan espectacular que se habla ya de «epidemia» de muertes violentas. Paralelamente, el número de jóvenes fallecidos en accidentes —especialmente en accidentes automovilísticos— es veinte veces mayor que el número de muertes causadas por la poliomielitis cuando estaba en su peor momento. Según el economista experto en salud Victor Fuchs: «Epidemia es una palabra casi demasiado blanda para describir la situación» (Capra, 1992)

Hemos podido observar ciertas anomalías económicas que parecen confundir a nuestros principales economistas y políticos. La inflación desenfrenada, el desempleo masivo y la injusta repartición de la riqueza y de la renta se han vuelto un aspecto estructural de la mayoría de las economías nacionales. La consternación que esto provoca en las personas y en los gobiernos se ve agravada por el hecho de que la energía y los recursos naturales —ingredientes básicos de toda actividad industrial— se están agotando a pasos agigantados. (Capra, 1992)

El deterioro del medio ambiente ha traído consigo un aumento paralelo de los problemas individuales de salud. Mientras las enfermedades infecciosas y las causadas por la desnutrición son las principales causas de muerte en el Tercer Mundo, los países industrializados sufren una plaga de enfermedades crónicas y degenerativas —enfermedades cardíacas, cáncer, apoplejía— que se conocen con el nombre de «enfermedades de la civilización». Asimismo, el deterioro de nuestro entorno social parece ser el origen de las severas depresiones, la esquizofrenia y los trastornos mentales, tan frecuentes en la actualidad. (Capra, 1992)

El agua que bebemos y los alimentos que comemos, contaminados ambos por una amplia gama de productos químicos tóxicos, suponen junto con la contaminación del aire un grave peligro para nuestra salud. En Estados Unidos, los sucedáneos alimenticios artificiales, los plaguicidas, los plásticos y otras sustancias químicas se comercializan a un ritmo estimado en unos mil nuevos compuestos químicos por año (ese tipo de competitividad es inhumano). El resultado es

que el envenenamiento tóxico se ha vuelto parte de nuestra sociedad del bienestar. Además, la contaminación del aire, del agua y de los alimentos, que amenaza nuestra salud, es sólo el efecto más evidente y directo de la tecnología humana sobre el entorno natural. Recientemente se han descubierta efectos menos evidentes, pero posiblemente mucho más peligrosos, cuyas causas aún son una incógnita. A pesar de ello, está clarísima que nuestra tecnología genera graves perturbaciones y que quizá esté destruyendo el sistema ecológico, del cual depende nuestra existencia. (Capra, 1992)

Un paradigma actual, hoy en vías de cambio, ha dominado nuestra cultura durante varios siglos y, en este tiempo, ha modelado la sociedad occidental moderna y ha influido de manera significativa en el resto del mundo. Tal paradigma comprende una serie de ideas y valores muy diferentes de los de la Edad Media. Dichos valores, relacionados con varias corrientes culturales de Occidente (la Revolución Científica, el Siglo de las Luces y la Revolución Industrial), incluyen el concepto del método científico como único enfoque válido para llegar al conocimiento; la idea del universo como sistema mecánico compuesto de bloques elementales; la vida en sociedad vista como una lucha competitiva por la existencia y el crecimiento tecnológico y económico para obtener un progreso material ilimitado. Durante las últimas décadas se han podido constatar las severas limitaciones de estas ideas y valores y la necesidad de someterlas a una revisión radical. (Capra, 1992)

La importancia del pensamiento racional en nuestra cultura se halla resumido en la famosa afirmación de Descartes «Cogito ergo sum» —«pienso, luego existo»— en virtud de la cual el hombre occidental comenzó a identificar su identidad con la mente racional en vez de con todo su organismo. Veremos que los efectos de esta separación del cuerpo y la mente se reflejan en todos los aspectos de nuestra cultura. Encerrados en nuestra mente, hemos olvidado cómo pensar con nuestro cuerpo, cómo servirnos de él para llegar al conocimiento; asimismo, nos hemos alejado de nuestro entorno natural y nos hemos olvidado de coexistir y cooperar con una rica variedad de organismos vivos. (Capra, 1992)

Separando la mente de la materia se llegó a la idea del universo como sistema mecánico, formado de objetos aislados que, a su vez, estaban reducidos a componentes básicos cuyas propiedades e interacción probablemente determinaban todos los fenómenos naturales. Esta idea cartesiana de la naturaleza se extendió hasta incluir a los organismos vivos, considerados como máquinas formadas de diferentes partes. Vemos cómo un concepto tan mecánico del mundo sigue estando en la base de la mayoría de nuestras ciencias y cómo sigue influyendo enormemente en muchos aspectos de nuestras vidas, entre ellos, en la competitividad concebida miopemente. Un resultado de ello se aprecia en la conocida fragmentación de nuestras disciplinas académicas y de nuestras agencias gubernamentales; también es la razón por la cual

se ha tratado el medio ambiente como si estuviese constituido de partes separadas, sujetas a la explotación de diferentes grupos de interés. (Capra, 1992)

Hoy se ha vuelto evidente que el excesivo énfasis puesto en el método científico y en el pensamiento analítico y racional ha provocado una serie de actitudes profundamente antiecológicas. En verdad, la naturaleza misma de la mente racional es un obstáculo para la comprensión de los ecosistemas. El pensamiento racional es lineal, en tanto que la conciencia ecológica surge de la intuición de un sistema no lineal. A los occidentales les es muy difícil entender el hecho de que si algo es bueno, no significa que más de lo mismo sea mejor. (Capra, 1992)

El progreso de nuestra civilización ha sido en gran parte un mero desarrollo de lo racional e intelectual y esta evolución unilateral ha llegado hoy a una etapa muy alarmante, una situación tan paradójica que raya en la locura. Podemos controlar el aterrizaje de una nave espacial en el planeta más distante pero somos incapaces de controlar los gases contaminantes que emanan de nuestros vehículos y de nuestras fábricas; proponemos la creación de comunidades utópicas en gigantescas colonias espaciales pero no somos capaces de administrar nuestras ciudades. El mundo de los negocios trata de convencernos de que las enormes industrias que producen comida para animales domésticos o cosméticos son un signo de nuestro alto nivel de vida mientras que los economistas aseguran que no podemos «darnos el lujo» de tener una asistencia sanitaria, una educación o un transporte público adecuados. La medicina y la farmacología ponen en peligro nuestra salud y nuestras policías se han vuelto la peor amenaza para nuestra seguridad nacional. Este es el resultado de la excesiva importancia que se ha dado a nuestro lado yang o masculino —conocimientos racionales, análisis, expansión, descuidando nuestro lado yin o femenino —sabiduría intuitiva, síntesis y conciencia ecológica. (Capra, 1992)

Esta preferencia por el comportamiento competitivo y no por la cooperación es una de las principales manifestaciones de la tendencia autoafirmativa de nuestra sociedad. El concepto se remonta a la visión errónea de la naturaleza sostenida por los darwinistas sociales en el siglo XIX. Para ellos, toda la vida en la sociedad tenía que ser una lucha por la existencia regida por el lema de «la supervivencia del más apto». Por consiguiente, la competencia se ha considerado la fuerza motriz de la economía y el «enfoque agresivo» ha devenido el ideal en el mundo de los negocios; esta conducta, junto con la expoliación de los recursos naturales, ha engendrado una serie de modelos de consumo competitivo. (Capra, 1992)

Un comportamiento basado únicamente en la agresividad y la competitividad, por supuesto, haría imposible nuestras vidas. Hasta los individuos más ambiciosos tienen necesidad de apoyo moral, comprensión, contacto humano y momentos de espontaneidad despreocupada y de reposo (Capra, 1992)

El estudio de los valores tiene una importancia capital en todas las ciencias sociales: no puede haber ninguna ciencia social que esté desprovista de valores. Los investigadores que consideran «poco científica» la cuestión de los valores y que creen estar evitándolos están tratando de hacer algo imposible. Cualquier análisis «desprovisto de valores» de un fenómeno social se basa en la suposición tácita de que existe un sistema de valores implícito en la selección y la interpretación de datos. Evitar el asunto de los valores, pues, no significa que los especialistas en ciencias sociales sean más científicos, sino que, por el contrario, están siendo menos científicos, al no exponer explícitamente las suposiciones en las que se apoyan sus teorías. Por consiguiente, quedan expuestos a la crítica de Marx cuando afirmaba que «todas las ciencias sociales son ideologías disfrazadas» (Capra, 1992)

La idea mercantilista del balance comercial —la creencia de que la nación se enriquece cuando exporta más de lo que importa— se convirtió en el concepto central de todo el pensamiento económico sucesivo. No cabe duda de que influyó en ella el concepto de equilibrio de la mecánica newtoniana y que concordaba perfectamente con la limitada visión del mundo de las monarquías de la época, escasamente pobladas y aisladas en sí mismas. Pero hoy, en un mundo superpoblado donde todos dependemos estrechamente de los demás, resulta evidente que no todos los países pueden ganar simultáneamente el juego mercantilista. El hecho de que muchos países —entre los que figuran China, Japón, Brasil— se afanen en mantener una balanza comercial positiva lleva necesariamente a la guerra comercial, a la crisis económica y al conflicto internacional. (Capra, 1992)

Smith creía en la teoría del valor del trabajo, pero también aceptaba la idea de que los precios fueran determinados en los mercados libres por los efectos estabilizadores de la oferta y la demanda. Su teoría económica estaba basada en las teorías newtonianas sobre el equilibrio, las leyes del movimiento y la objetividad científica. Una de las dificultades para aplicar estos conceptos mecanicistas a los fenómenos sociales era la falta de apreciación por el problema de la fricción. Puesto que la mecánica de Newton suele olvidar el problema de la fricción, Smith creyó que los mecanismos estabilizadores del mercado deberían ser casi instantáneos, y describió sus ajustes como «inmediatos» «que ocurrirán pronto» y «continuos» mientras los precios «gravitaban» en la dirección correcta. Los pequeños productores y los pequeños consumidores se encontrarían en la plaza del mercado provistos del mismo poder y de la misma información.

Esta imagen idealista es la base del «modelo competitivo» que usan con mucha frecuencia los economistas actuales. Entre sus suposiciones básicas figuran la existencia de una información correcta y libre para todos los participantes en una transacción comercial; la creencia de que el comprador y el vendedor en un mercado tienen poca significación y por tanto no pueden influir en el precio; y la completa e instantánea movilidad de los trabajadores desplazados, de los

recursos naturales y de la maquinaria. Estas condiciones son incumplidas en la mayoría de los mercados actuales, pero muchos economistas siguen utilizándolas como base para sus teorías. Lucia Dunn, catedrática de economía de la Northwestern University, describe la situación con estas palabras: «Utilizan estas suposiciones en sus obras de manera casi inconsciente. De hecho, en la opinión de muchos economistas, han dejado de ser suposiciones y se han vuelto una imagen de la realidad del mundo». (Capra, 1992)

El tercer aspecto del crecimiento no diferenciado que es inseparable del crecimiento tecnológico y económico, es el crecimiento de las instituciones desde las compañías y las corporaciones hasta las universidades y las facultades, las iglesias, las ciudades, los gobiernos y los países. Cualquiera que sea el objetivo original de la institución, su crecimiento hasta más allá de cierto punto deforma inevitablemente este objetivo convirtiéndolo en meta principal la subsistencia y la posterior extensión de la institución. Al mismo tiempo, quienes forman parte de esta institución y los que tienen que tratar con ella se sienten cada vez más alienados y despersonalizados, mientras que las familias, los barrios y otras organizaciones sociales en pequeña escala se ven amenazadas y a menudo destruidas por la dominación y la explotación institucional (Capra, 1992)

Actualmente, una de las manifestaciones más peligrosas del crecimiento institucional es el de las sociedades anónimas. Las más grandes han trascendido los límites nacionales y se han convertido en protagonistas del escenario mundial. Los recursos económicos de estos gigantes multinacionales superan el producto nacional bruto de la mayoría de los países; su poder económico y político supera al de muchos gobiernos, amenazando la soberanía nacional y la estabilidad monetaria mundial. En la mayoría de los países occidentales, y especialmente en los Estados Unidos, el poder de las compañías se extiende prácticamente a todas las facetas de la vida pública. Las sociedades controlan gran parte del proceso legislativo, desvirtúan el sentido de la información que el público recibe a través de los medios de información, y determinan hasta cierto punto el funcionamiento de nuestro sistema escolar y la orientación de las investigaciones académicas. Los dirigentes de las empresas y del comercio destacan en los consejos de administración de las instituciones y fundaciones académicas, donde inevitablemente utilizan su influencia para perpetuar un sistema de valores conforme a los intereses de sus empresas. (Capra, 1992)

La falta de responsabilidad y de orgullo, junto con el motivo principal de los beneficios, han originado una situación en la que la mayoría del trabajo es hoy un gasto inútil y no tiene justificación. Como ha afirmado enérgicamente Theodor Roszak: El trabajo que produce cacharros innecesarios de consumo o armamento bélico es un error y un despilfarro. El trabajo que es resultado de una falsa necesidad o de un deseo impropio es un error y un despilfarro. El trabajo que engaña o que falsea para obtener sus fines, que explota o degrada a un ser humano,

es un error y un despilfarro. El trabajo que daña el medio ambiente o que afea el mundo es un error y un despilfarro. Esta clase de trabajo no puede redimirse de ninguna manera, ni enriqueciéndolo ni reestructurándolo, ni socializándolo ni nacionalizándolo, ni volviéndolo más «pequeño», descentralizado o democrático (Capra, 1992)

La situación se opone netamente a la de las sociedades tradicionales en las que todos los hombres y mujeres se ocupaban de una gran variedad de actividades —agricultura, ganadería, pesca, caza, tejido, confección de ropa, construcción, fabricación de cerámica y de herramientas, cocina, curación— todas ellas trabajos útiles, dignos y especializados. En nuestra sociedad, la mayoría de las personas están insatisfechas con su trabajo y ponen las actividades de tiempo libre en el centro de su vida. Así pues, el trabajo se ha vuelto lo contrario del ocio, y este último es servido por una enorme industria que fabrica aparatos que conllevan un uso intensivo de energía y de recursos —videojuegos, lanchas motoras y trineos motorizados— y exhorta a las personas a despilfarrar y a consumir. (Capra, 1992)

La situación se ve agravada aun más por el hecho de que la mayoría de los economistas, en una tentativa equivocada por lograr la exactitud científica, evitan reconocer explícitamente el sistema de valores en el que se apoyan sus modelos y aceptan tácitamente el conjunto de valores extremadamente desequilibrado que domina nuestra cultura y que se encarna en nuestras instituciones sociales. Estos valores han provocado la excesiva insistencia en la tecnología «dura», en el derroche consumista y en la rápida explotación de los recursos naturales, todos ellos motivados por la persistente obsesión por el crecimiento. La mayoría de los economistas creen aún que el crecimiento económico, tecnológico e institucional es signo de una economía «sana», pese a que este crecimiento no diferenciado es hoy la causa de los desastres ecológicos, de la difundida conducta criminal de las grandes sociedades anónimas, de la disgregación social y de las guerras regionales en muchas partes del mundo. (Capra, 1992)

El restablecimiento del equilibrio y de la flexibilidad en nuestras economías, en nuestras tecnologías y en nuestras instituciones sociales sólo será posible si se realiza juntamente con un profundo cambio de valores. Contrariamente a lo que se suele creer, los sistemas de valores y la ética no son periféricos en la ciencia y la tecnología, sino que constituyen su base y su fuerza motriz. Por consiguiente, la transición a un sistema social y económico equilibrado exigirá un cambio de valores correspondientes de la autoafirmación y la competitividad a la cooperación y a la justicia social, de la expansión a la conservación, de la adquisición material al crecimiento exterior. Todos aquellos que han comenzado a efectuar estos cambios han descubierto que no son restrictivos, sino que, por el contrario, son liberadores y enriquecedores. Como escribe Walter Weisskopf en su libro *Alienación y Economía*, las dimensiones cruciales de escasez en la vida humana no son económicas, sino existenciales. Estas dimensiones corresponden a nuestras necesidades de tiempo para descansar y meditar, de paz interior, de amor, de

cooperación con nuestros semejantes y de autorrealización, que se pueden satisfacer a un nivel mucho mayor en el nuevo sistema de valores. (Capra, 1992)

Un crecimiento no diferenciado tiende a ocurrir junto con la fragmentación, con el desorden y con una generalizada disminución de las comunicaciones. Estos mismos fenómenos, a nivel celular, son típicos del cáncer y por ello la expresión «crecimiento canceroso» resulta muy adecuada para definir el crecimiento excesivo de nuestras ciudades, tecnologías e instituciones sociales. Puesto que hay una interacción continua entre los individuos y su ambiente natural y social, las consecuencias de este crecimiento canceroso son patógenas para los seres humanos, además de ser perjudiciales para la economía y el ecosistema. Por otra parte, el restablecimiento del equilibrio social y ecológico contribuirá a mejorar la salud individual. Roszak resumió así la interdependencia entre el bienestar de cada individuo y el de todo el ecosistema planetario: «Las necesidades del planeta son las necesidades de la persona... Los derechos de la persona son los derechos del planeta». (Capra, 1992)

Nuestra obsesión por el crecimiento económico y por el sistema de valores en el que se apoya han creado un ambiente físico y mental en el que la vida se ha vuelto extremadamente malsana. Quizá el aspecto más trágico de nuestro dilema social sea el hecho de que los riesgos para la salud creados por el sistema económico no sólo son el resultado del proceso de producción, sino también del consumo de muchos productos a los que se da gran publicidad para mantener la expansión económica. A fin de aumentar sus beneficios en un mercado saturado, los fabricantes tienen que producir sus bienes a un costo inferior, y una manera de hacerlo es reducir la calidad de estos productos. Para que el cliente quede satisfecho a pesar de la baja calidad de estos productos, se gastan enormes sumas de dinero para condicionar la opinión y los gustos del consumidor a través de la publicidad. Esta práctica, que se ha vuelto parte integrante de nuestra economía, comporta un grave peligro para la salud, pues muchos de los productos que se fabrican y se venden de esta manera influyen directamente en ella. (Capra, 1992)

En el modelo regular de auge, culminación, decadencia y desintegración que parece caracterizar la evolución cultural, la decadencia ocurre cuando una cultura se ha vuelto demasiado rígida — en sus tecnologías, en sus ideas o en su organización social— para afrontar el desafío de las condiciones cambiantes. Esta pérdida de flexibilidad va acompañada de una pérdida de armonía general que lleva a la irrupción de la discordia y la disgregación social. Durante el proceso de decadencia y desintegración, las instituciones sociales dominantes aún logran imponer sus anticuadas ideas, pero están destinadas a disgregarse gradualmente mientras las nuevas minorías con capacidad creadora se enfrentan a los nuevos desafíos con ingenio y creciente confianza en sí mismas. (Capra, 1992)

Conclusiones

Una de las críticas que puede hacerse a este trabajo es que las obras de los autores que nos sirven de referencia tienen una antigüedad de un cuarto de siglo. Esto obedece a dos razones:

La primera es el deseo de resaltar que ya desde hace muchos años hubo estudiosos que criticaron las competencias ajenas a las vocaciones humanas. La segunda es que, al parecer, las voces críticas de ahora se han desarrollado en otros ámbitos como son el de la bioética, la historia o la psicología, disciplinas que sólo son tocadas marginalmente por los administradores de las organizaciones.

No estamos en contra de la competencia que propone el Principio de Peter o de la competencia humana por la que luchó Fromm y que fue impulsada en México durante su estancia, o por la competencia holística de Fritjof, el físico nuclear defensor de la ecología y precursor de la bioética. En cambio, estamos en contra de la competencia o de la “competitividad” enajenante y miope enseñada en las universidades y promovida por el lucro empresarial, sustentada en el principio de ganar-perder.

Una persona puede no saber qué hacer o qué sentir, y al aprender qué hacer y qué sentir es que adquiere su competencia moral. La persona que sabe lo que hay que hacer es la persona que en forma confiable hace lo que es correcto, tenga o no la capacidad de justificarlo. Según Aristóteles, esto implica la capacidad de sentir lo correcto. La persona virtuosa sabe lo que hay que sentir, siente espontáneamente lo que exige la situación, experimenta la emoción adecuada, para lograr el objetivo correcto y en el grado apropiado. Nuestra presencia en este congreso obedece a esa necesidad de actuar correctamente. La educación moral tiene este conocimiento como objetivo. Si este principio se aplica a la competitividad, bienvenida sea ésta. Tal vez sea esto lo que deberíamos estar enseñando, al enseñar los cursos humanísticos. (Scruton, 1999)

Una sucesión de incompetentes o una incompetividad prolongada pueden quebrar la coherencia social. Con el tiempo, se puede producir la regresión de toda la jerarquía. De hecho las consecuencias de nuestra incompetividad ya se manifiestan socialmente: Cada vez más pobres, cada vez más delincuencia, cada vez más jóvenes drogadictos, cada vez más desempleo, cada vez más desconfianza en las autoridades, cada vez más miedo. Es apropiado que en este congreso se busque la competitividad particular de las organizaciones, pero sería un grave error olvidarse de la responsabilidad social de la gente preparada del país. La competitividad no se puede alcanzar aisladamente. No podemos ser los benefactores de todo el mundo, pero la conciencia moral nos conmina a hacer algo por el prójimo desconocido.

La búsqueda de la competitividad no puede olvidarse del principio universal de la ética:

«Favorece a tus semejantes como quisieras ser favorecido, no les dañes como no quisieras ser dañado»¹.

Referencias documentales

- Antaki, I. (1997). *El banquete de Platón*. Ciencia. México: Joaquín Mortiz.
- Antaki, I. (1999). *El banquete de Platón. Grandes Temas*. (2da Ed). México: Serie Joaquín Mortiz.
- Capra, F. (1992). *El Punto Crucial*. Buenos Aires: Troquel.
- Capra, F. (2000). *El Tao de la Física* 3a. Barcelona: Sirio.
- Cuevas, A. (1987). *Psicoanálisis de la vida cotidiana*. (3ª Ed). Toluca: Editorial Posadas.
- Encyclopedia Britannica. (2005). *Encyclopedia Britannica 2005*. Deluxe Edition CD-Rom
Encyclopedia Britannica, Inc. Londres
- Guerra González, M. (2002). *Ética, globalización y dignidad de la persona*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Fromm, E. (2003). *Ética y Psicoanálisis (El hombre para sí mismo)*. México : Fondo de Cultura Económica,
- Loza López, J. (2003). *Notas sobre la ética humanista*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Maccoby, M. (1994). *Las dos voces de Erich Fromm: la profética y la analítica*. Society, Estado Unidos de Norteamérica.
- Onimus, J. (1973). *La rebelión juvenil, asfixia y grito*. Madrid: Ediciones Fax.
- Peter, Laurence J. (1973). *Las fórmulas de Peter*. (2a. Ed). Barcelona: Plaza & Janes.
- Peter, Laurence J. (1994). *El Principio de Peter*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Rodríguez, K. (2005). *¿Por qué mueren las PYMES?*. México: Ariel.
- Scruton, R. (1999). *Filosofía Moderna*. Santiago: Cuatro vientos.

¹ Cfr. Este principio de la ética tiene su fundamento moderno en Immanuel Kant. La controversia entre filósofos y la metafísica kantiana no mengua el significado de este postulado en la vida cotidiana (Savater, 2002: 86-87). Fromm (2003a: 242-243) menciona el mismo principio y lo complementa: "No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti" es uno de los principios más fundamentales de la ética. Pero es igualmente justificado afirmar: Todo lo que hagas a otros lo haces también a ti mismo. El violar las fuerzas dirigidas hacia la vida, en cualquier ser humano, tiene necesariamente repercusiones en nosotros mismos. Este principio debería regir todo propósito de competitividad.